

La catalogazione dei manoscritti miniati come strumento di conoscenza. Esperienze, metodologia, prospettive, a cura di Silvia MADDALO e Michela TORQUATI, Istituto Storico per il Medio Evo (Nuovi Studi Storici, 87), Roma 2010, 266 pp. ill. ISBN 978-88-89190-66-1.

Al fin! Tras tres años de cierre por reformas este setiembre la Biblioteca Vaticana ha reabierto sus puertas a todos los especialistas y estudiosos interesados en consultar sus inagotables fondos. Casi en coincidencia con este feliz acontecimiento Silvia Maddalo, Michela Torquati y un grupo de entusiastas jóvenes dedicados a la catalogación y estudio de los manuscritos conservados en esa gran biblioteca han impulsado la publicación que aquí comentaremos: las actas de un congreso internacional celebrado en Viterbo en abril de 2009 donde se planteó una revisión del análisis codicológico e histórico-artístico en el campo del códice iluminado. Cabe reseñar que este es tan sólo el aperitivo a una serie de títulos que permitirán conocer mucho mejor algunas de las maravillas que atesora la Biblioteca Vaticana. Por lo pronto, ya están en prensa los tres volúmenes del catálogo de manuscritos miniados del fondo Rossiano. La obra, editada bajo la dirección de Silvia Maddalo, sin lugar a dudas hoy en día una de las mejores conocedoras de la colección vaticana, será publicada en breve –probablemente el primer semestre de 2011– en la colección *Studi e Testi* promovida por la misma Biblioteca. Señalemos también que el mismo grupo de especialistas está ultimando para fines del próximo año la edición del catálogo del fondo Urbinate, donde se recogerán todos los manuscritos de la rica biblioteca del príncipe humanista Federico de Montefeltro. En fin, gozosas noticias para todos los amantes y especialistas del libro ilustrado y, por extensión, de todos aquellos interesados por la cultura tardomedieval y humanista.

Las actas objeto de nuestra atención se plantearon precisamente como una especie de reflexión previa a la catalogación de estas series de manuscritos iluminados, y en ellas se abordan desde cuestiones de método hasta temas contextuales como pueden ser la

función de las imágenes reproducidas en los códices o las actitudes de sus comitentes. La enriquecedora heterogeneidad de los enfoques y puntos de vista es notable: pensemos que se trata de una obra compuesta por más de una veintena de ensayos firmados por diferentes autores, cada uno especializado en uno u otro campo de la investigación sobre los manuscritos iluminados. Aún así el objetivo propuesto es ambicioso: se pretende renovar la experiencia en la catalogación de este tipo de códices fruto de numerosas aportaciones, desde las recopilaciones firmadas por Wickhoff a comienzos del siglo XX hasta aquellas, aún hoy en boga, suscritas en los años 70 por nombres como François Avril, Otto Pächt y Jonathan J. Alexander. De hecho, la fuerte influencia de los modelos propuestos por éstos últimos es objeto de amplios comentarios en los ensayos de Patricia Stirnemann, Adelaide Miranda y Stella Panayotova en los que se habla, respectivamente, de las experiencias en bibliotecas del ámbito francés, portugués y británico (Cambridge).

Respecto a cuestiones catalográficas Giulia Orofino hace una cerrada defensa de las propuestas planteadas por Maria Grazia Ciardi del Dupré Dal Pogetto sobre la descripción de la decoración del manuscrito, la mayoría fundadas en la idea de un estudio orgánico entre el componente ornamental y su soporte material. Incide con ello en la idea básica de realizar catálogos de códices con miniaturas en lugar de catálogos de miniaturas. De manera didáctica se detiene a comentar los elementos susceptibles de descripción y, asimismo, se refiere al grave problema que constituye la falta de un léxico codificado y convencional (que sólo existe para lengua inglesa y alemana). Un problema para Italia pero, claro está, también para España.

Con una perspectiva igualmente catalográfica se presenta el estudio de Giacomo Baroffio, dedicado monográficamente a los manuscritos litúrgicos. Aquí uno de los aspectos más interesantes quizás sea el comentario sobre las tipologías de códices, desde aquellas más simples hasta las más complejas, así como la mención de las temáticas ilustrativas más usuales en este tipo de textos. Por otra parte, los códices profanos son el objeto de atención de Giordana Mariani Canova quien, además de una amplia lección historiográfica sobre las obras de célebres especialistas en este ámbito, desde Saxl a Pächt y Alexander, también defiende unas determinadas pautas de catalogación, otra vez bajo la égida de las propuestas de Dupré Dal Pogetto. En otro de los estudios, Grazia Maria Fachechi expone algunas de las virtudes derivadas de una catalogación por autores, entre ellas la posibilidad de establecer genealogías seculares de manuscritos dedicados autores antiguos y, de este modo, poder comprender mejor la fortuna iconográfica de sus textos y los mecanismos de su recepción figurativa. Además nos ofrece un ejemplo particular con el estudio de los manuscritos iluminados del Séneca trágico.

El texto de Francesca Manzari discurre sobre los llamados bestsellers de la Baja Edad Media, los Libros de Horas y otros textos de devoción. Nos habla de los sistemas para su catalogación establecidos por James, Leroquais, Delaisse y, en especial, Roger S. Wieck, quien en su *Times Sanctified*, producto de una exposición celebrada en el Walters Art Gallery de Baltimore en 1988, ofreció una nueva orientación para el estudio de los libros devocionales. Tipologías, fórmulas catalográficas, relación texto-imagen, análisis de rúbricas.... de todo ello hace mención la Manzari para aún añadir, al final, un sintético pero interesante estudio historiográfico sobre los estudios de los libros de horas, en especial de aquellos italianos, de los destaca sus numerosas innovaciones y variantes iconográficas frente a la estandarización propia de los ejemplares franco-flamencos.

Otros trabajos ofrecen aproximaciones igualmente interesantes pero quizás más puntuales. Así ocurre con aquellos firmados por Marco Palma, que trata de cuestiones paleográficas útiles para la definición de la escritura; por Carlo Federici, que nos habla de los sistemas de restauración y conservación de los manuscritos; por Michela Torquati, dedicado al comentario de la metodología para la exposición de los códices; o por Ambrogio M. Piazzoni, que discurre sobre la alternativa actual entre la edición de catálogos en soporte papel y en soporte informático -de hecho nadie mejor que él para

abordar el tema, puesto que en la actualidad dirige la Commissione Editoriale della Biblioteca Apostolica Vaticana, responsable de la edición de los catálogos de la misma.

La reivindicación del catálogo de manuscritos iluminados como instrumento intelectual constituye un *leitmotiv* de las actas. En sentido, Patricia Stirnemann destaca hasta que punto los estudios emprendidos las últimas décadas, de manera especial por François Avril, han permitido obtener una mayor información de los manuscritos y las circunstancias que rodearon su producción. Incide en ello Panayotova, que desvela algunos de los logros (desde atribuciones hasta dataciones) conseguidos con la catalogación de los manuscritos conservados en Cambridge. Un comentario que también serviría para definir el estudio de Milvia Bollati y Marco Petoletti, ahora dedicado a los manuscritos miniados de la Biblioteca Ambrosiana de Milán. Con ellos queda claro que la catalogación constituye expresión más de la historia de la miniatura. De hecho, probablemente sea una de las formas de aproximación más rigurosas y completas puesto que tiene su origen en la propia biblioteca, en la última estación de esos largos viajes que, en la mayoría de ocasiones caracteriza la vida de los manuscritos, y no en construcción intelectual trazada por un historiador al diseñar un cuadro general del arte de la ilustración del libro. En un nuevo ejemplo de las posibilidades abiertas por este tipo de estudios, Federica Toniolo se sirve de la catalogación de manuscritos de coro de Padua para analizar la recepción de los modelos giottescos en la ciudad de la capilla Scrovegni. En especial, destaquemos el estudio atributivo del Maestro de los Antifonarios de la catedral, con el que nos ofrece una eficaz alternativa interpretativa a un problema frente a otras propuestas tradicionales. Una vía de análisis que liga bien con las consideraciones de otros especialistas, como Lorena dal Poz quien, en su estudio sobre los manuscritos del Trentino, expone su convicción que la correcta catalogación del manuscrito permite abrir nuevas perspectivas de estudio, como por ejemplo comprender la capacidad de un códice para influir en contextos artísticos distantes y diversos a su medio original de producción.

Otros ensayos apuntan ya directamente a la exploración del sentido y carácter de una biblioteca a partir de su catalogación. Así sucede con diferentes estudios relacionados con los fondos Urbinate y Rossiano de la Biblioteca Vaticana llevados a cabo por Silvia Maddalo y algunos miembros de su equipo. En concreto, el ensayo de Maddalo nos ofrece una sugestiva aproximación paralela a las bibliotecas del príncipe Federico de Montefeltro y del coleccionista ochocentista Gian Francesco de Rossi. Ello le sirve no sólo para comentar una mutua pasión por los libros que une a ambos personajes a través de los siglos sino también la existencia de ciertas equivalencias ideológicas, desde la búsqueda de legitimación política y dinástica del Montefeltro hasta el afán de promoción social de Rossi. Por su parte, Salvatore Sansone aprovecha sus investigaciones para ofrecer un breve ensayo en el que se defiende una interesante tesis: fueron las veleidades o intereses humanísticos de Federico, y en especial las de sus colaboradores más próximos, caso de su segunda mujer Battista Sforza y de Ottaviano Ubaldini, los que determinaron el abandono de textos considerados “antiguos”, y en particular de los libros de caballería en lengua d’oc o d’oil. La biblioteca ducal quedó, de este modo, marcada por la preferencia hacia los libros de aparato útiles (humanísticos) frente a los de entretenimiento. Eso sí, siempre libros bellos, capaces de seducir visual y estéticamente a los espectadores de palacio.

Igualmente surgidos al calor de la catalogación de los fondos vaticanos son otros estudios más puntuales pero con un alto valor representativo o tipológico, como aquel de Caldelli sobre los frontispicios y clipeos inscritos en manuscritos del fondo urbinato. En otro texto Eva Ponzi traza una delicada incursión a un “álbum de fragmentos”, es decir un rico códice misceláneo compuesto modernamente mediante fragmentos de diversos manuscritos iluminados y en base a un objetivo puramente estético. Una operación que en su momento, a finales del siglo XIX, dio lugar a la composición de numerosos códices que han llegado hasta nuestros días. Recordemos que el concepto de la miniatura como objeto artístico condujo también a la desmembración y composición de nuevos códices de acuerdo con un moda practicada por coleccionistas y bibliófilos. El resultado es evidente:

numerosas miniaturas han sido extrapoladas de su locus original, impidiendo así observar la relación entre texto e imagen. Ello, está claro, abre nuevas perspectivas de estudio para los historiadores de la miniatura. Y desde una doble óptica: por un lado en vistas a la recuperación del marco y sentido original de la ilustración; por el otro, para comprender los gustos y razones que impulsaron a la composición de estos códices facticios.

And last but not least dos ensayos que constituyen la obertura y la coda final de las actas. Interesante, aunque quizás en la periferia del tema del congreso, es la aportación introductoria de Arturo Carlo Quintavalle, una de las más insignes voces del medievalismo italiano, que aquí discurre sobre la circulación y uso de los diseños en los talleres medievales. A destacar sus notas sobre el papel que desempeñaron los manuscritos como vehículo de transmisión de los modelos, que de esta manera pasaron a formar parte notable de su corpus de imágenes. Por último, reseñemos la sensibilidad de cerrar el libro, las actas, con un breve pero sentido y casi diría que nostálgico texto de Jonathan J. G. Alexander, uno de los máximos exponentes del estudio del manuscrito iluminado en el siglo XX, autor de múltiples catálogos y obras de referencia. En definitiva, con las palabras de uno de los principales protagonistas de esta historia de amor por los manuscritos iluminados y de la pasión por el conocimiento de la que nos hablan todos y cada uno de los autores de este libro misceláneo.

JOAN MOLINA FIGUERAS
Universitat de Girona